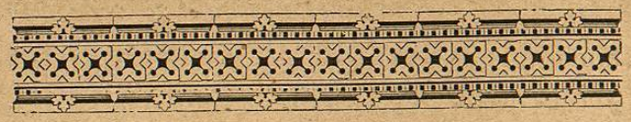

CAPITULO XVI

EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS

Santa Mónica había muerto llena de felicidad y de contento, viendo á su hijo fiel y fervoroso cristiano; ¿qué hubiese sido si esta bondadosa madre hubiera presenciado la continuación de su bella obra, y asistido al desarrollo extraordinario de santidad é ingenio que debía efectuarse en Agustín, y del cual su vida de Casiaco había sido pálida aurora? Dios no lo quiso, era tal vez demasiada felicidad para esta tierra, y debía gozarla sólo en la eternidad: mas á quienes por entre las obscuridades de la historia aspiramos á entender lo que fué esta santa mujer, permítase que nos fijemos en tan maravilloso espectáculo; y si es verdad que Mónica no tuvo solamente la misión de convertir á su hijo, sino

también la de preparar y dar á la Iglesia el mayor de sus doctores, según resulta de la historia, estudiar á la madre será contemplar en toda su extensión el genio y santidad del hijo que dejó en la tierra; y esta pintura del gran genio y corazón de Agustín, si lográramos hacerla debidamente, podría ser un *fondo de oro*, sobre el cual el rostro venerable de Santa Mónica aparecería esplendoroso.

Luego que Agustín dió sepultura al cuerpo de su madre, resolvió pasar á Roma. No sentía valor para abandonar tan querida tumba, y acordó quedarse en Italia, orar á menudo ante ella, y buscar allí las luces é inspiraciones que una madre no niega á sus hijos, aun después de bajar al sepulcro. Permaneció en Roma un año entero, continuando el género de vida que comenzara en Casiaco: empleaba la mañana en la oración, en la meditación de la Santa Escritura que no abandonó ya jamás, y escribiendo muchas obras en que nos ocuparemos luego. Por la tarde visitaba las iglesias y lugares santos tan numerosos allí: las Catacumbas, donde conmovido besaba las reliquias de los mártires, y, sobre todo, los monasterios, de los que apenas salía, iniciándose así en la vida religiosa á que aspiraba su corazón, y que se proponía establecer en África. Cuando se leen las pocas cartas que

escribía en aquella época, se descubre el ardor santo que iba apoderándose de su alma. No respiraba sino humildad y pobreza, suspiraba por la soledad, en la cual, según sus palabras, se puede como en ninguna parte *santificarse* y hasta *deificarse*, y llamaba á la muerte «amiga del amor, »porque abre la puerta, y le permite llegar hasta »Aquel á quien ama». Las visitas de Agustín á la tumba de su madre no eran extrañas á tales pensamientos, que acababan por hacerle olvidar todo lo terrestre, y trasportar al cielo su corazón.

Terminado el año de este duelo filial, partió Agustín para el África en compañía de Adeodato su hijo, de Alipio y Evodio sus amigos, á quienes se unieron otros; y después de vender y distribuir entre pobres los pocos bienes que había heredado de su padre, tomando y dando á los que le acompañaban una túnica negra ceñida á los riñones por áspero cinturón de cuero, y afeitando la cabeza en forma de corona, según solían los monjes del Egipto, inauguró con sus amigos á las puertas de Thagaste la vida de oración, pobreza y obediencia con que venía soñando de tiempo atrás. «Agustín, dice su historiador, per»maneció en aquel retiro cerca de tres años, »ajeno completamente á las inquietudes del mun»do, viviendo con sus compañeros sólo para Dios, »ayunando, orando y ejercitándose en las buenas

»obras; meditando día y noche los misterios de la »fe cristiana y trasmitiendo por conversaciones »y cartas, tanto á presentes como á ausentes, las »extraordinarias luces que Dios le comunicaba en »la contemplación (1).» Escribía poco aún, no salía del retiro casi nunca, y evitaba con particular cuidado aparecer en público, sobre todo donde no había sacerdotes ni Obispos; porque empezaba á esparcirse ya su fama, y temía le sucediese lo que á San Ambrosio y á otros muchos, de quienes el pueblo se había apoderado obligándoles á ser sacerdotes ú Obispos.

Pero había llegado la hora de que esta luz brillase sobre el candelero, y las humildes precauciones de Agustín fueron inútiles. Un día, dominado por el deseo de atraer cierta alma que parecía llamada á la vida religiosa, se trasladó á Hipona; como asistiese al santo sacrificio de la Misa profundamente recogido y sin la menor desconfianza, pues en aquella ciudad había Obispo, éste, que era un anciano venerable, subió al púlpito y empezó á lamentarse de su pesado cargo, manifestando que tenía necesidad de algún sacerdote joven que pudiera ayudarle á soportar tan gran peso. Al oir esto, las miradas de todos se fijan en Agustín, y cogiéndole el pueblo, es condu-

(1) Prossidius, cap. III.

cido por fuerza á los pies del Obispo, pidiendo á gritos y con extremado ardor, que fuese ordenado sacerdote. El santo joven, que ni había sospechado la posibilidad de semejante escena, se deshizo en lágrimas y sollozos: «algunos que »no le conocían, añade el historiador, creyendo »consolarle, dijeron á su oído que el rango de »simple sacerdote, aunque inferior á su mérito, »le aproximaba al Episcopado; pero un pensa»miento mucho más alto, según Possidio, era el »que le hacía gemir (1). Agustín recordaba su »vida anterior, y llorando pensaba en la cuenta »que sin tardar había de pedirle Dios de tan alta »dignidad y de tantas almas como iban á con»fiarse á su dirección.»

Una vez ordenado sacerdote, lejos de abandonar la vida de Thagaste, resolvió hacerla más pobre aún y más humilde. Previo el permiso del Obispo, ordenó se trasladasen á las inmediaciones de Hipona sus compañeros de soledad, que se habían ya aumentado; y en un sitio apacible y silencioso fundó el monasterio que muy pronto fué verdadera escuela de santidad, saliendo de allí los grandes Obispos que por aquella época tuvo el Africa: San Alipio, Obispo de Thagaste; San Evodio, Obispo de Ozala; San Severo, Obis-

(1) Possidius, cap. IV.

po de Milevi; San Possidio, Obispo de Calamo y escritor de una vida de San Agustín breve, es verdad, pero preciosa; San Profuturo, Obispo de Cirte y más de otros diez eminentes en santidad, que fundando á su vez monasterios, y «celosos, dice Possidio, de la exaltación del Ver»bo, fomentaron en todas partes la paz y unidad »de la Iglesia». Asistido por ellos, empezó Agustín á esparcir la luz que había atesorado en los cinco años trascurridos desde su conversión predicando todos los domingos en la iglesia de Hipona; retando los herejes á conferencias públicas, multiplicando sus cartas é improvisando diferentes trabajos; «siempre pronto, continúa Possidio, »ya en público ya en secreto, en casa ó en la igle»sia, á enseñar la palabra de salvación». «Sus »cartas y sermones, añade, producían en los cris»tianos verdaderos trasportes de admiración y »gozo; y sus libros, que por especial gracia de »Dios se sucedían y esparcían con rapidez, eran »recibidos, á cual mejor, entre herejes y católi»cos que rivalizaban en deseos de leerlos, dispu»tándose la pluma de los notarios para recoger »sus palabras, aun los de menos importancia. »Así la Iglesia de Africa, humillada tanto tiem»po, levantaba su cabeza, y hasta la Ultrama»rina se mostraba orgullosa (1).»

(1) Possidius, cap. VII.

Pero lo que hizo brillar más el súbito desarrollo de genio y santidad que se había obrado en sujeto tan joven, bautizado hacía cinco años y sacerdote pocos días antes, fué la actitud de su anciano Obispo, «engreído como nadie y bendi»ciendo á Dios con lágrimas de gratitud por ha»berle enviado semejante socorro»; resistiendo á los envidiosos que alegaban no sé qué ley para hacer callar á Agustín; sonriendo dulcemente ante los que pretendían despertar contra él la envidia, y por último, ocultándole en un lugar retirado, mientras obtenía del Primado el poder nombrarle su coadjutor, temeroso de que otras Iglesias le arrebatasen tan poderoso auxiliar.

Conseguido esto, trabóse un interesante combate: por una parte el anciano Obispo subiendo al púlpito y anunciando lleno de alegría su intención de ordenar Obispo á Agustín; y Agustín por otra, negándose entristecido y alegando contra tal disposición las leyes de la Iglesia, las costumbres del Africa y hasta su indignidad. Ordenósele, no obstante, como á la fuerza, viviendo después siempre afligido por tal elevación, escribiendo bajo mil formas que él no era digno de semejanto honor, y probando con los hechos que sólo quería su cargo para enseñar y defender la fe con más celo, más dignidad y mayor autoridad.

Así fué cómo tan bella antorcha fué colocada en el candelero, después de quince años de desórdenes y errores consentidos por Dios, para que Agustín conociese mejor la pequeñez del entendimiento humano y la debilidad del corazón del hombre. Después de cinco años pasados, el primero en Casiaco, el segundo en Roma, los otros tres en Thagaste, y consagrados todos al silencio, á la oración y al estudio de los misterios de la fe, Agustín ocupaba el lugar y puesto desde donde, por disposición de la Providencia, iba á iluminar la Iglesia y el mundo.

Dios le había dado para esta grande obra un talento profundo, poderosa imaginación y alma tan viva, tan capaz y tan penetrante, que instantáneamente iba á la raíz de las cosas, y de un solo vuelo se remontaba hasta el origen de ellas. Como si esto no fuese bastante, Dios le había dotado de corazón ternísimo y singularmente afectuoso, á fin de que no solamente tuviese las percepciones claras que suministra el talento, sino también las profundas intuiciones que nacen del corazón. La santidad, gracias á su admirable madre, vino á completar esta obra maestra; y como las circunstancias sean necesarias para despertar el talento, Dios hizo que naciese Agustín entre herejias, y cuando los arrianos, maniqueos, pelagianos y donatistas pulula-

ban en la Iglesia; á fin de que, adhiriéndose sucesivamente á todos los errores, se viera como precisado á explicar todos los dogmas, á estudiar todos los misterios, á defender todos los principios morales y á levantar, en vísperas de la invasión de los bárbaros que iban á cubrir el mundo de tinieblas, un monumento religioso tan bello, tan vasto, tan luminoso y tan potente, que desafiara á los siglos y subsistiese incólume en medio de tantas ruinas.

Este monumento no fué levantado de una vez, ni Agustín tuvo semejante idea. La hora de que pudiese un hombre, como Santo Tomás, ensayar la exposición del plan de Dios, no había llegado aún. Anticipándose Agustín, pensó y volvió á pensar, examinó y volvió á examinar cien veces y bajo mil fases las partes de ese inmenso edificio, esparciendo á su rededor magníficos materiales, es decir, los diferentes asuntos tratados por él, y con los cuales puestos en orden, se debía construir. Dejóle ya casi acabado, y es tal vez el más sublime de los levantados por la mano del hombre en honor de la Divinidad. Procuremos ordenar sus obras maestras, para que nuestros lectores puedan formarse idea.

Convendrá, á mi juicio, colocar de frontispicio ó sea en primer lugar, las obras compuestas en Casiaco, á saber: el *Tratado de la vida feliz*,

los dos libros del *Orden* ó de la *Providencia*, así como los tres *Contra los académicos*, añadiendo los *Soliloquios*, de que no hemos hablado aún; el libro del *Maestro*, conversación de Agustín con su hijo Adeodato, los libros sobre *la música*, particularmente el último que tiene una teoría de Dios y de la creación, sumamente original y profunda; el libro del *Alma y de su origen;* el tratado *De la inmortalidad del alma*, y por último, otro pequeño titulado *De la grandeza del alma*, que compuso Agustín paseando con Evodio. En esta primera serie de obras escritas, ó concebidas al menos en Casiaco durante el período poético de su juventud y conversión, San Agustín aborda y examina bajo mil aspectos, resolviéndolas á la vez, estas tres interesantes cuestiones: Dios, el alma y el lazo que los une.

¿Qué es Dios? ¿qué es el alma? ¿cuáles son sus relaciones, sus diferencias, y cuáles sus harmonías? He aquí el pórtico.

Llevando muchos despojos de la antigüedad profana y del *divino Platón*, como él le llama; del *venerable y casi divino Pitágoras*, así como del *maestro Aristóteles* (son sus palabras), Agustín adorna con ellos este pórtico; pero le ilumina con una luz que ninguno de ellos vislumbrara. ¡Con qué viveza escudriña las profundidades de Dios, su existencia, su naturaleza, su vida ínti-

ma y sus atributos! Como metafísico, es algo sutil, pero original, profundo, vigoroso y elocuente. Al lado de esta profunda investigación de Dios ¡qué bien estudia el alma! «Nada, dice, vale »lo que un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los »astros (1). Pero ¿de dónde viene el alma? ¿Cuál »es su naturaleza? ¿Cómo se componen y des»componen sus facultades? ¿Por qué se halla uni»da al cuerpo? ¿Qué sucede cuando éste se di»suelve? ¿Qué es del alma después de la muer»te (2)? etc.» «Si sobre dichas cuestiones y las »que se refieren á Dios, escribe Fenelón, un »hombre ilustrado recopilase las sublimes ver»dades que este gran ingenio ha derramado en »sus libros como al acaso, tal extracto ó recapi»tulación hecho con esmero, resultaría superior »á las *Meditaciones* de Descartes, por más que »éstas sean un gran esfuerzo del insigne filó»sofo (3).»

Pero cuando más brilla el gran genio es al abordar la bella cuestión de las relaciones entre Dios y el alma. Entonces su corazón toma parte también, y cuando la cabeza y el corazón de

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXIV.
(2) *De Duabus animabus*, cap. IV.
(3) *Cartas sobre diversas materias de Metafísica y de Religión.*

Agustín unen sus luces, no hay cosa comparable á foco tan luminoso. Nadie como él ha señalado el abismo que separa á Dios del alma, y al alma de Dios; pero tampoco ninguno ha enseñado como él la manera de llenar ese abismo. «El alma »es obra de Dios.—El alma es un ojo abierto que »mira á Dios.—El alma es un amor que aspira á »lo infinito.—Dios es la patria del alma (1).» Agustín examina una tras otra las facultades del alma, presentando á Dios como fin de todas. Es el alma para él como marea que sube: todas las facultades van á Dios impulsadas por olas sucesivas y crecientes, y pareciéndole aún poco esta comparación, añade que no es el alma solamente la que está hecha para Dios, llega casi á decir que Dios también está hecho para el alma. ¡Con qué magnificencia presenta á Dios completamente inclinado hacia el hombre, semejante al Océano que tiende á derramar sus aguas en la playa! ¡y al hombre aspirando á Dios por indigencia, como una tierra árida que pide y ansía recibir las aguas del cielo! ¡y con qué delicadeza analiza los grados de la ascensión del alma á Dios! «El alma purifi»cada, dice Agustín, no puede elevarse á Dios de »una sola vez, sino por grados y sucesivamente. »Al alma que considera la fuerza y orden de los »números, le parecerá soberanamente indigno y

(1) San Agustín, *Op.*, tom. I, pág. 401.